# Mis encuentros con Rafael

El sol dividía en dos la calle Monserrato. Roma respiraba pesadamente aquel mediodía de agosto de 1964. Ibamos a ver a María Teresa y Rafael. La noche anterior le habíamos ofrecido una función de nuestro grupo, el *Teatro latinoamericano de Roma*, con dos obras de Federico García Lorca: *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*, y *El retablillo de don Cristóbal*. Rafael había pronunciado un discurso lleno de risas, y nosotros le entregamos un ramo de flores y el disco que contenía una canción de despedida al recientemente asesinado Julián Grimau. La función terminó con el canto de *¡Ay, Carmela!*, y en el «foyer» del teatro Rafael nos actuó su poema escénico del vendedor de empanadas. Había sido una noche perfecta.

Nuestro grupo teatral estaba formado por dos argentinas, dos venezolanos, un puertorriqueño y un mexicano. Hacíamos nuestras presentaciones en el viejo teatro Goldoni, muy cerca de Piazza Navona. Como era lógico, la vida del grupo fue corta e intensa, y Rafael nos dio uno de los mejores momentos de nuestra breve historia.

María Teresa abrió la puerta con una sonrisa que iluminó el pasillo. Rafael, que acababa de operarse la papada en un sanatorio rumano, nos invitó a pasar y, con alegría infantil, nos mostró su nueva cara: era una recuperación del perfil de patricio romano que la traidora grasa había ocultado cuando se le acumuló bajo la barbilla.

Hablamos de teatro, de Federico, de Argentina, de España, de su llegada a Roma, de sus proyectos relacionados con *La lozana andaluza*, de su viaje a Rumania y de su admiración por Tudor Arghezi. En aquella época Rafael hablaba, sobre todo, de las gentes a quienes admiraba. Sus entusiasmos eran explosivos y tenía abiertas de par en par las puertas del deslumbramiento. Ahora, leyendo los artículos que publica en España, me percato de su intocado deseo de vivir, de su amor por los «alimentos terrestres». Mucha agua ha pasado bajo sus puentes; se ha muerto María Teresa, pero la alegría lo visita todas las mañanas cuando abre su balcón a los pájaros de la nueva primavera de Madrid.

Rumania ocupó casi todo este primer encuentro. Hablamos de sus grandes novelistas: Sadoveanu, Rebreanu, los Petrescu, de Ion Luca Caragiale y de su pieza teatral *La carta perdida*; de sus poetas: Eminescu, Blaga, Jebeleanu, María Banus, Arghezi, Beniuc; de los paisajes nevados de los Cárpatos, del otoño en Cluj, de los contunden-

tes platos de «mamaliga» con «mititei» y, sobre todo, de la presencia de lo latino en ese país balcánico cantado por Ovidio, el exiliado.

Rafael escuchaba, interrogaba y conducía con mano firme y serena los rumbos de la conversación. En su cara se reflejaban el gozo de la memoria y de los intercambios espirituales.

Ya en la puerta nos dijo que su casa y su corazón estaban abiertos para nosotros. María Teresa nos detuvo un ratito para hacernos preguntas sobre nuestras vidas en Roma. A María Teresa le gustaba la gente. Su alma era acogedora, y tenía un cálido y genuino interés por las vidas de las personas que entraban en sus terrenos.

Ya en la calle nos miramos los unos a los otros y compartimos nuestras expresiones de gusto. Le habíamos quitado a la vida unas horas de felicidad. Rafael y María Teresa nos dejaban la sensación de haber pasado por una casa permanentemente visitada por la alegría, la inteligencia y la forma más exigente de la bondad, esa que se aparta de la cortesía formal y del intercambio de bobadas y de lugares comunes. Ese era el dato esencial de nuestro encuentro con Rafael: una milagrosa escapatoria del lugar común, una aproximación al mundo siempre nuevo de las ideas originales, de los hallazgos de lenguaje, de la ironía y el humor que descubren la cara oculta de la realidad.

Regresé a casa pensando en el encuentro con un poeta al que conocí muchos años antes, a través de la lectura de su obra. Era un muchacho cuando llegó a mis manos su *Marinero en tierra*, libro que leí con devoción y regocijo. Por unos poemas titulados *El niño y el mar*, me dieron un premio en una pequeña ciudad de Michoacán. Si se me apura, me vería obligado a reconocer que esos poemas eran una especie de plagio de *Marinero en tierra*, pero, y esto sea dicho en mi descargo, un plagio inconciente, producto de las muchas lecturas del libro con el que Rafael ganó, en sus mocedades, el premio nacional de literatura. Mis poemas eran, sin duda, diferentes e inferiores, pero habían recibido de su modelo una parte mínima de la gracia marinera, que es la esencia de esa primera poesía de Rafael. Su libro me había descubierto el mar. Yo era gente de tierra adentro, de paisajes secos y siempre ansiosos de lluvia.

El haber hablado con ese poeta conocido en los primeros años de la juventud, me había cortado el aliento. Había pensado decirle muchas cosas, hacerle preguntas, pero la emoción me cerró la boca y, para mi fortuna, me permitió escuchar todo lo que decía.

Muy pronto la casa de Rafael y María Teresa se convirtió en un lugar de encuentro. Ahí conocimos a Miguel Otero Silva, a Toño Salazar, a Miguel Angel Asturias. Cuando un escritor español o iberoamericano pasaba por Roma, generalmente iba a casa de Rafael, y en ella encontraba siempre la mano amiga y la palabra del poeta y pintor. Fuentes, Vargas Llosa, Cortázar, Elvio Romero, son algunos de los visitantes que recuerdo de momento.

Rafael tiene una memoria prodigiosa para la poesía. Con él se confirma el principio de que la poesía amada se queda firmemente impresa en nuestra memoria. Pasamos tardes enteras diciendo églogas de Garcilaso; el *Cántico espiritual* de nuestro padre y maestro San Juan de la Cruz; poemas de Santa Teresa y Fray Luis de León; sonetos

de Quevedo, *Las soledades* de Góngora, rimas de Bécquer, poemas de Machado, García Lorca, Miguel Hernández, Vallejo, Neruda, Nervo, Darío y Juan Ramón. Rafael tenía muchas fidelidades que nosotros compartíamos y sabía, al igual que Gorostiza que «sucede a veces que así como Venus nace de la espuma, la poesía nace de la voz».

Para el sepelio de Palmiro Togliatti salimos de casa de Rafael. No hablamos de política, ni tan siquiera analizamos afinidades o diferencias ideológicas. Fuimos a enterrar a uno de los hombres fundamentales en la creación de la atmósfera espiritual de nuestro siglo, a despedir a un líder popular y a un utopista. Valga este hecho para recordar la tolerancia característica del talante de Rafael. Así como otros esgrimen certezas, Alberti mantiene sus ideas, alimenta sus dudas y respeta las ideas y las dudas de los otros. Aún ahora que lo veo tan festejado y homenajeado por sus paisanos, tengo la impresión de que conserva inalterada su afición por las cabriolas del cine mudo, su costumbre de romper los momentos de solemnidad asfixiante con un guiño que es, a la vez, petición de disculpas y muestra de que, a pesar de tantas condecoraciones y preseas, aún está viva la voluntad de no sentirse demasiado importante. No olvidemos que, en último análisis, el humorismo es lo único realmente serio.

Tratando y leyendo a Rafael llegué a una serie de reflexiones (nunca conclusiones) que, con el paso del tiempo he ido afinando y, en muchos aspectos, confirmando. Pienso que el rasgo esencial de su poesía es la luminosidad (este hallazgo me pone al borde del derrame cerebral). Muchos han visto lo mismo y hay una gran cantidad de ensayos y comentarios sobre este tema, pero vale la pena insistir en el hecho de que Rafael, como poeta, es un buscador de la luz. Aún en *Sobre los ángeles*, su libro más grave y reflexivo, hay una intensidad lírica que proviene de su amor por las diversas tonalidades de la luz. Hace unos años, visitando el Puerto de Santa María, comprendí las razones por las que la luz juega un papel tan importante en la poesía de Alberti. Eran las dos de la tarde y estábamos detenidos frente a una tapia encalada a la que la luz del sol hacía totalmente cegadora. Cerré los ojos y la sensación de blancura siguió fija en la retina. Todo lo ocupaba la luz. El mundo era algo iluminado por todos los soles de todos los días. Esta sensación sólo la he tenido en esa zona de Andalucía y en las islas griegas.

Es Rafael un poeta solar, un enamorado de todo lo luminoso. Esto explica muchas de sus actitudes, sobre todo su amor por una utopía basada en la candorosa confianza en las virtudes humanas.

Por otra parte, en la poesía de Rafael los colores ocupan un lugar de primordial importancia y se corresponden con sensaciones, vivencias y hasta premoniciones. Todos ellos tienen un significado, y sus valores pictóricos encuentran su correspondencia en las palabras poéticas. *A la pintura* es un libro que establece las estrechas relaciones entre la pintura y la poesía, pero es, sobre todo, una declaración de amor por los colores y, por lo tanto, una reconciliación con la vida. El entusiasmo de Rafael no es bobalicón, es heroico, pues ha sido puesto muchas veces a prueba. Con el paso del tiempo ha crecido y se ha hecho, a la vez, sólido y ágil (todos los unamunianos

debemos cultivar la afición por las paradojas, siempre más precisas que las definiciones). Por eso Rafael, poeta de la luz y los colores es, también, un poeta de los ángeles, esos seres de la estética cristiana que nada saben de fatigas y desencantos, que conservan su sonrisa beatífica en medio de las terribles batallas, las crueles desilusiones y las asfixiantes cotidianidades. Todo menos el aburrimiento. Ya Baudelaire nos decía que el demonio es el tedio.

En 1964 se celebró en Génova un congreso de escritores en lengua española. Lo organizó Miguel Angel Asturias y lo presidió Carlos Pellicer. Alberti asistió y se divirtió como un niño en las reuniones más solemnes, esas en las que los críticos fingían hablar sobre los escritores cuando lo que hacían, en realidad, era hablar de ellos mismos y dejar sentada inapelablemente su importancia suprema.

Asturias pasaba, como de costumbre, por problemas económicos, y un jesuita de apellido Arpa (viéndolo y escuchándolo uno tenía la tentación de aceptar sin crítica todos los extremos de la «leyenda negra»), y un comerciante genovés disfrazado de antropólogo caritativo con los inditos, de apellido Segala, utilizaron sus servicios para armar el tinglado que, a la postre, no tuvo mayor trascendencia. En el proyecto estaban involucrados Génova, Colón, el descubrimiento de América y otras fanfarrias renacentistas, pero el apoyo de la democracia cristiana fue tan pobretón que todo acabó en algún banquetillo, una declaración pomposa y paseos por la ilustre cornisa genovesa.

Asturias era un hombre buenísimo y es ahora un escritor injustamente relegado. Su *El Señor presidente* es una novela de rara perfección lírica, y su refinamiento es un paradigma de las mejores virtudes del mestizo americano. Alberti luchó por ayudarlo, liberándolo de las caridades genovesas. Lo logró, y Asturias se fue a Roma donde encontró una mejor manera de sobrevivir, hasta que el Premio Nobel y la embajada de Guatemala en París lo sacaron definitivamente de apuros. No sé cuántos días dedicó Rafael para conseguir la ayuda necesitada por su amigo, pero sin duda batalló mucho más de lo que batallaba por ayudarse a sí mismo. Su generosidad es tan intensa como la luz que emana de sus poemas. No hay en ella impostaciones de ninguna especie. Es una proyección de su ser, una segunda naturaleza.

Muchos años después, ya en España, volví a encontrarme con Rafael. De estos encuentros en la península es poco lo que puedo decir. Alberti se había convertido en un personaje ocupadísimo y en un favorito de los homenajeadores. Y estaba bien que así fuera. Tenía ocupaciones en las que creía y era merecedor de esos y más homenajes. Afortunadamente, tantas consagraciones no lograban petrificarlo; nunca tomó la pose estatuaria típica de los poetas mayores profusamente ensalzados. Conservaba su amor por la cabriola, su natural inclinación a esa insigne forma de lo bufonesco que capacita al hombre para decir las verdades más rotundas y preservar la sana burla de sí mismo, esa que obligó a decir a Rafael: «Yo era un tonto, y lo que he visto me ha hecho dos tontos».

En 1981 organizamos, en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander, un curso de poesía calificado por los administradores universitarios de absolutamente margi-

nal. Fue una especie de actividad suntuaria perteneciente al anecdotario pintoresco de ese verano académico. Leímos poemas de Machado, Cernuda, Vallejo, Neruda, López Velarde, Huidobro y Gabriela Mistral. Rafael se vio acosado por los periodistas —algunos de ellos sumamente agresivos e insidiosos— y jugueteó, vestido con una camisa multicolor, por los pasillos del Palacio de la Magdalena. El pomposo rector de la universidad veraniega le ofreció una cena en la que le perdonó la vida y, de paso, le recetó un sermón pedante y paternalista sobre los errores cometidos por los comunistas en la guerra civil española (afortunadamente no se dio cuenta de que los retruécanos de Rafael lo estaban convirtiendo en un burlador burlado). Los administradores nos alojaron en las habitaciones que habían pertenecido a dos infantas. Esto dio pie para que Rafael se acordara de aquella copla andaluza que dice: «la infanta doña Eulalia...», etc. La dijo a las tres de la mañana de un jueves lleno de endocrinólogos y especialistas en derecho fiscal. Su voz retumbó por el palacio y al día siguiente el administrador me hizo pagar el pato, llamándome la atención por los escándalos nocturnos. Acepté la reprimenda para cubrir las espaldas del declamador de la madrugada y la fiesta siguió en paz en medio de los fiscalistas que miraban con curiosidad a un poeta vestido con camisa de turista de Oklahoma en Acapulco.

Las jornadas de Santander sirvieron para recordar a tres poetas olvidados: Domenchina, Moreno Villa y Pedro Garfias. Rafael tomó la causa de regresarlos del olvido con gran denuedo, y a raíz de estos esfuerzos se hicieron algunas revaloraciones y Garfias fue homenajeado, con buena fe y torpeza combinadas, en el Centro Cultural de la Villa de Madrid.

Unos meses más tarde fuimos a un homenaje que en honor de Rafael se celebraba en Zamora. Viajamos el homenajeado, el poeta y traductor rumano Darie Novaceanu y el que esto escribe. Nos alojaron en el parador y nuestros cuartos tenían ventanas que daban a la prodigiosa cúpula bizantina de la catedral zamorana. Al llegar nos encontramos con un ramo de flores enviado por Miguel de Unamuno. Esta fue la anécdota del viaje. Rafael se negó a admitir que la tarjeta era del director de la Caja de Ahorros local, organizadora del homenaje, y nieto del genial maestro de Salamanca. Las flores habían sido enviadas por el propio don Miguel. Así lo decretó Alberti, y así quedó sobreseído, lacrado y archivado.

Hace años que no me encuentro con Rafael, pero sigo sus pasos y sus arboledas. Lo veo en vía Monserrato, en vía Garibaldi, en Anticoli, Madrid, Cádiz, Santander, Zamora... Sigue viajando con su pata coja como la de un periquito veracruzano; sigue dibujando y escribe como respira. Todo lo que hace —salvo contadas excepciones provocadas por el tono sacralizador de los «mass media»— conserva el rasgo fundamental de lo albertiano: la gracia, o, para ser más claro, el «ángel», esa cualidad del espíritu andaluz sobre la que teorizó otro ser lleno de gracia, Federico García Lorca.

La poesía de Rafael está tocada por la gracia. No estoy hablando de gracejo, pues hay una diferencia radical entre las dos actitudes. La gracia emana del espíritu, el gracejo es obra de la malicia formal. Por eso los temas de Alberti pertenecen al mun-

do de la gracia natural: paisajes, fiestas, colores, o de la gracia sobrenatural a la que pertenecen los ángeles, esas criaturas aladas que flotan con un dedo en los labios en los cuadros de Fray Angélico. Hasta en una obra sobre tiempos oscuros: *Noche de guerra en el Museo del Prado*, la gracia encuentra una rendija para colarse e iluminar lo tenebroso del momento.

La gracia de Rafael está en los temas, pero, sobre todo, en las palabras y sus combinaciones. Esto se debe, en buena parte, a su fidelidad a la tradición popular, fidelidad de aristócrata admirador de las virtudes de la gente del pueblo. Los ritmos verbales andaluces le prestan caminos para que circule su gracia personal, y él los emprende inaugurando un mundo en cada verso. Por eso hay poco desperdicio en su obra, y aún en los momentos menos felices algo es rescatado por el ángel impalpable.

La pintura está en el fondo de esta gracia verbal que juega con colores, tonalidades y momentos de la luz:

> feo de hollín y fango
> ¡no verte!
>
> Antes, de nieve, áureo,
> en trineo por mi alma.
> Cuajados pinos. Pendientes.

Y está también el cine. Como en muchos de los miembros de su generación, el cine influyó en Alberti, especialmente el de esos cómicos que, a la larga, sin proponérselo, se han convertido en filósofos autores de teorías sobre el humor y la condicion humana.

En la poesía de Rafael están presentes Buster Keaton, Langdom y, de manera muy distinguida, ese par de candorosos y desvalidos destructores que fueron Stan Laurel y Oliver Hardy.

De mis encuentros con Rafael obtuve datos valiosos para gozar de su poesía. En su caso, la persona del escritor agrega atractivo al trabajo de creación. Muchos de sus amigos compartirán estos puntos de vista sobre su persona. He querido, simplemente, narrar algunos momentos de su vida. Lo veo en su casa romana rodeado de dibujos y diciendo en voz alta sonetos de Quevedo, esos poemas que sabe de memoria como se saben las palabras amadas.

**Hugo Gutiérrez Vega**